



# Historia de España

PREHISTORIA

Del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo II a. C.)

1

**Alfonso Moure Romanillo, Juan  
Santos Yanguas**

**HISTORIA DE ESPAÑA**

# 1

## PREHISTORIA

*Del primer hombre a las colonizaciones mediterráneas (hasta el siglo III a. c.)*

*Primera parte*

*Prehistoria*

## I

# LOS ORÍGENES DEL POBLAMIENTO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Como es bien sabido, los más antiguos fósiles físicos y culturales descubiertos hasta el presente proceden de África y, más concretamente, de su sector oriental, al este de la gran falla del Rift. La mayor parte de los especialistas sitúan las primeras evidencias en torno a los 2,5 millones de años, aunque estas fechas se encuentran en constante discusión a causa de las dificultades que presenta situar en un punto fijo de la escala del tiempo algún elemento —físico o cultural— que pueda considerarse definitorio del carácter y comportamiento humano y establecer, además, que es el más antiguo. La llegada del hombre a la Península está relacionada con la expansión del *homo erectus* (para algunos paleoantropólogos, una subespecie primitiva del *homo sapiens*), que en alguna ocasión ha sido definido como el primer colonizador del Viejo Mundo. Su difusión desde África, donde encontramos los testimonios más antiguos de esta especie (1,82-1,5 millones de años en Koobi-Fora, este del lago Turkana, y 1,6 en Kariokotome, ambos en Kenia),

le coloca en relación con una gran variedad de ecosistemas —bosques, espacios abiertos, montañas—, lo que puede ser uno de los motores del rápido proceso de especialización de su actividad cerebral y de la aparición de nuevas respuestas tecnológicas y comportamientos culturales cada vez más normalizados y complejos. Como causas de esta expansión se ha argumentado cuestiones de tipo demográfico, tecnológico y climático. Sabemos que hay grandes migraciones de animales hace 2,5, 1,6 y 0,9 millones de años; en concreto, la segunda de ellas coincide con una época de clima árido y seco en el norte y este de África que motivó importantes movimientos de herbívoros y, en consecuencia, de las poblaciones del género *homo* que dependían de ellos.

La migración a partir de África pudo realizarse con mayor o menor probabilidad vía terrestre o cruzando algún estrecho. La primera resulta evidente, por tierra a través del istmo de Suez hasta llegar a Próximo Oriente —donde existen ocupaciones bastante antiguas del Paleolítico Inferior— y desde allí dividirse al menos en dos trayectorias, una hacia el Este por el sur del Himalaya (hallazgos de China, Java y Sumatra) y otra hacia Europa a través de los Balcanes. La vía marítima admite dos versiones: hacia Europa a través del Mediterráneo, por el itinerario Túnez-Sicilia-Italia o enlazando Marruecos con el sur de España a través de Gibraltar, o hacia Asia cruzando el estrecho de Bab-el-Mandeb hasta el sur de la Península arábiga y continuando hacia Lejano Oriente por el camino antes reseñado.

Las primeras ocupaciones de la Península por el hombre prehistórico deben entenderse en el marco de su posición geográfica, de su estructura física y de los ecosistemas que en ella se desarrollaron durante el Cuaternario. No es lugar de fácil penetración por tierra: los Pirineos constituyen una importante barrera especialmente difícil de franquear, so-

bre todo en los periodos glaciales. El hecho de que sus pasos naturales se encuentren en los extremos tiene mucho que ver con la entrada y distribución de las poblaciones animales y humanas durante diferentes episodios de la Prehistoria.

Es también el límite del continente y del Mediterráneo, y el punto más próximo a África, que a través de Gibraltar se encuentra a unos 11 km. Este dato tiene especial importancia a la hora de analizar las vías de penetración de los primeros hombres y enlaza con la hipótesis de las relaciones intercontinentales durante la Prehistoria, que ha pasado por momentos de especial auge y que ha sido empleada para intentar explicar varios fenómenos de nuestro pasado: el propio origen del poblamiento, el arte rupestre levantino o las industrias de tipo geométrico.

El Cuaternario de la Península se caracteriza, además, por unas condiciones de carácter climático y ecológico que dificultan el empleo de la misma periodización geocronológica que en el resto de Europa y que se apoya en la secuencia glaciár alpina. Durante la mayor parte del Pleistoceno el clima peninsular no fue demasiado diferente al actual. La influencia del frío durante los episodios glaciales centroeuropeos sólo se dejó sentir con cierta intensidad en las regiones septentrionales y eso especialmente durante el último de ellos (Würm en la secuencia alpina), mientras que en la mitad sur hay evidencias de un clima cíclico con alternancia de periodos lluviosos y de periodos áridos, más próxima al sistema pluvial-interpluvial del continente africano.

### ***Los primeros pobladores***

Las evidencias arqueológicas más antiguas corresponden al complejo industrial de los cantos trabajados, pertenecientes al Paleolítico inferior arcaico. Ambos conceptos

fueron elaborados a partir del descubrimiento realizados en África oriental y asociados a los restos del primer homo faber. Su industria de piedra es de tecnología muy simple y poco normalizada. Consiste básicamente en cantos trabajados por una o dos caras para obtener un extremo afilado cortante. Tanto estos guijarros tallados como las lascas desprendidas durante su talla fueron útiles plurifuncionales empleados para cortar, descarnar o machacar y, desde luego, no parecen tener muchas aplicaciones como instrumentos de caza.

Precisamente, en esa simplicidad reside uno de los problemas para situar en el tiempo las industrias de cantos trabajados. Los mismos tipos de útiles aparecen en épocas más recientes del Paleolítico inferior e incluso más tarde. Para afirmar que estamos ante industrias arcaicas es preciso que su antigüedad pueda ser certificada por un contexto geocronológico o paleontológico claro, lo que ciertamente no es muy frecuente.

Un trabajo de E. Vallespí realiza una visión crítica de los hallazgos atribuidos a este momento, y una vez eliminadas las situaciones dudosas se llega a un mapa de distribución que alcanza casi toda la península con la excepción de la franja norte. La periferia meridional ofrece mayor número de evidencias y la primera excavación sistemática en el yacimiento de El Aculadero (El Puerto de Santa María, Cádiz). Se trata de un depósito de ladear con abundante materia prima que fue utilizado como taller. Su posición geológica y la tipología de los hallazgos (cantos trabajados, lascas y ausencia de bifaces y hendedores) apoyan una cronología anterior al Achelense. En la periferia suroccidental destacan los depósitos de las terrazas portuguesas de El Algarve y en las antiguas playas de Setúbal-Ericeira. Se han desarrollado dos proyectos multidisciplinarios de investigación en la depresión de Guadix-Baza (Granada) y en Cueva Victoria

(Murcia), en los que —en opinión del equipo dirigido por el doctor Gibert— se encuentran las evidencias más antiguas de la presencia humana en la península. La depresión de Guadix-Baza es un importantísimo yacimiento, con depósitos que van desde el Mioceno Superior (finales del Terciario) hasta el Pleistoceno Medio. La presencia humana se detecta tanto por el hallazgo de fósiles culturales (industria de piedra, huesos con huellas de descarnado o fracturas producidas por el hombre) como por sus propios restos físicos.

Siempre en opinión del equipo investigador citado, el testimonio más antiguo es una lasca procedente del Cortijo de Don Alfonso (Orce) cuya cronología se estima por paleomagnetismo en 1,6-1,7 millones de años. Los yacimientos de Venta Micena, en la misma depresión, parecen estar en relación con un conjunto de pequeños lagos, en torno a los cuales se produjo una inusual concentración de animales en la que los homínidos actuaban como depredadores y carroñeros. En venta Micena, fechada bioestratigráficamente entre 1,2 y 1,3 millones de años, hay varias dolomías trabajadas que se ponen en relación con esa actividad oportunista de descarnado de animales. Esa actividad se evidencia también en los propios huesos cortados fracturados por el hombre. A ello hay que sumar varios restos humanos (fragmentos del cráneo, húmero y falange) pertenecientes a un mismo individuo infantil. De ello hablaremos en otro apartado de este capítulo.

En Cueva Victoria la cronología estimada de 1,4 millones de años ha sido obtenida a partir de correlaciones bioestratigráficas de fauna. En este caso, la presencia del hombre en el yacimiento está documentada por sus propios restos físicos (dos fragmentos de húmero, una falange y un fragmento de fémur) pertenecientes a tres o cuatro individuos, uno de ellos, joven y, el resto, adultos. En todos

ellos hay evidencias de que fueron comidos por carroñeros probablemente hienas.

Por su parte M. Santoja señala la posible presencia humana en un episodio relativamente antiguo del Pleistoceno inferior a partir de los hallazgos en depósitos fluviales del Alagón (la Mesa, en Galisteo, Cáceres) y del Tajo (Talavera de la Reina, Toledo), con cronologías tal vez incluso anteriores a la de El Aculadero. Un momento posterior, que se sitúa en los límites del Pleistoceno Inferior y el Pleistoceno Medio (en torno a 0,7 millones de años), está bien documentado en las industrias de terrazas del Tajo en El Espinar y del Guadiana en Molino del Emperador, dentro de la submeseta sur, y en El Pinar del Canto (Toro) Monfarracinos (Zamora) y Valladolid, en la submeseta norte.

En Cataluña, los trabajos de la Asociación Arqueológica de Gerona y la Síntesis de E. Carbonell y J. Canal i Roquet muestran un amplio catálogo de ocupaciones entre las que destacan los paleolagos de la comarca de La Selva, con el yacimiento de Avellaners, y las terrazas altas del Ter en las proximidades de Gerona, y con los de Puig D'en Roca I-II, Costa Roja, Can Rossinyol y Palau. Se trata de testimonios de grupos poco numerosos y de gran movilidad que se asentaban en zonas desde las que podían controlar los cursos de agua y, por ende, la circulación de animales. Su equipo material consistía en cantos trabajados, lascas procedentes de su fabricación y algunos útiles retocados, principalmente raederas y denticulados. La cronología de esta presencia humana en Cataluña se sitúa a finales del Pleistoceno Inferior, es decir, por encima de los 700.000 años.

A pesar de la extensión de los hallazgos arcaicos y del hecho, a todas luces evidente, de que se trata de una muestra escasa, parece claro que testimonian una baja densidad de ocupación de carácter bastante ocasional. Si a ello

añadimos que en la casi totalidad de los casos se trata de lugares de talla y que se dispone de escasa información de carácter paleoecológico y paleoeconómico, resulta francamente difícil acercarnos a unos modelos de vida y cultura a los que accedemos a través de la industria de piedra. Podemos deducir, como máximo, que estos primeros pobladores se desplazaban en bandas muy móviles formadas por un número reducido de aprovisionamiento de guijarros para fabricar utensilios está bien documentada en algunas estaciones interpretadas como talleres. Esa misma distribución topográfica puede sin duda ser puesta en relación con los territorios, lugares de paso o abrevaderos de diferentes tipos de animales. Charcas y otros lugares acuíferos desempeñaron un papel nada desdeñable —en especial en momentos de crisis ecológicas que comportasen períodos de hambre y sed— en la atracción de los animales, y con ellos del hombre cazador y carroñero. En todo caso, parece que se limitan a zonas no demasiado altas, huyendo de los tramos de montaña y de posibles zonas periglaciares.

Sin pretender caer en un excesivo eclecticismo respecto a los orígenes del poblamiento peninsular, hay dos hechos que conviene tener en cuenta. Por un lado, la semejanza — hoy parcialmente cuestionada— entre materiales de estaciones de la periferia meridional y otros pertenecientes a alguna de las etapas del Paleolítico Inferior arcaico de Marruecos (fase III de la periodización de P. Biberson). Por otro lado, la relación evidente entre las industrias del grupo gerundense antes señalado y las de algunas estaciones del Rosellón, con las que hay un buen sistema natural de comunicaciones a través de los pasos orientales de los Pirineos. La penetración pudo pues realizarse por los dos caminos (con seguridad al menos por los pasos orientales de los Pirineos), pero su anterioridad o posterioridad resulta por ahora difícil de concretar.

## ***Paleolítico Inferior Clásico***

A finales del Pleistoceno podemos decir que el *homo erectus* ha concluido su proceso de dispersión por el Viejo Mundo y su presencia está bien asentada en la Península. Los mapas de distribución nos muestran una elevada densidad de hallazgos que en principio puede considerarse correlativa a un aumento de la población. A lo largo de todo el Pleistoceno Medio asistiremos a un acentuado proceso de especialización que permite al hombre adaptarse a una gran variedad de ecosistemas tanto en su continente originario como en Asia y Europa. Respuestas tecnológicas similares muestran un panorama industrial normalizado, cuya homogeneidad y rápida difusión se ponen en relación con el dominio del lenguaje. A partir del Mindel se evidencia una aceleración en la evolución biológica hacia las primeras formas del *homo sapiens*. En algunos ambientes científicos los individuos europeos de este grupo más evolucionado han recibido el nombre de *Anteneanderthales* o incluso de *homo sapiens arcaicos*.

Entre los hallazgos antropológicos de esta época encontramos individuos con caracteres arcaizantes (prognatismo, fuertes arcos superciliares, etc.) Que parecen conducir a la subespecie *sapiens* conocida como hombre de neandertal, mientras que otros apuntan hacia la morfología del *homo sapiens* del Paleolítico Superior, como los descubiertos en Cro-Magnon, Grimaldi o Chancelade.

La cultura material de estos precursores inmediatos del *homo sapiens* pertenece al complejo industrial Achelense, que se extiende por todo el Viejo Mundo entre los interglaciares de Gunz-Mindel y Riss-Würm, es decir, desde finales del Pleistoceno Inferior hasta comienzos del Superior. Aunque ese no sea el único tipo de útil representado, se suele decir que el Achelense es una industria de bifaces, que son

piezas talladas por ambas caras (talla bifacial) hasta conseguir un objeto de filo cortante y perfil amigdaloides o cordiforme. Se trata de una industria ya normalizada, es decir, que los bifaces —o en general todos los útiles del momento— responden a un modelo o diseño determinados que existe en la mente de los artesanos paleolíticos y que se repite en todas las etapas del Achelense a lo largo de todo el área de dispersión antes señalada.

En las secuencias en que el desarrollo de las industrias se puede correlacionar con datos cronológicos podemos seguir una evolución del trabajo de la piedra que tiende a obtener funcionalidad y eficacia con menor consumo, evolución que puede resumirse en la tendencia a obtener mayor filo cortante con menos empleo de materias primas. En Europa se distinguen cuatro fases en el desarrollo de estas industrias: Achelense inferior (que integra lo que antes se llamaba Abbevillense), Medio Superior y Final. Desde la segunda comienza a emplearse una técnica especializada de talla, la talla Levallois, que permite prefigurar la forma de los productos resultantes mediante la preparación del núcleo. La cultura material no se limita a los bifaces, apareciendo otros objetos de piedra fabricados sobre núcleos (cantos trabajados, triedros) o lascas (hendedores, raederas, denticulados, cuchillos, etc.), y documentándose ocasionalmente el empleo de hueso, marfil, asta e incluso madera. En el cazadero de Lehringen, en Alemania fue descubierta una especie de lanza o pica de madera de punta endurecida al fuego entre los restos de un elefante abatido y troceado sobre el terreno.

### **El poblamiento de la Península durante el Pleistoceno Medio**

El Achelense está representado en la totalidad de la Península. Además de los testimonios arcaicos antes mencio-

nados, aparece plenamente formado a finales del Pleistoceno Inferior-comienzos del Pleistoceno Medio en yacimientos de los valles del Tajo y del Duero, mientras que a regiones como la cantábrica llega en momentos más avanzados. Éstos grupos se asientan prioritariamente en valles amplios, a veces dominados desde asentamientos ubicados encima de las terrazas altas, que se eligen en función de la disponibilidad de agua de la atracción de determinadas especies animales, de la existencia de materia prima para la tecnología de la piedra y del carácter de vía de comunicación que tiene la red hidrográfica. La dispersión de yacimientos a lo largo de los afluentes del Tajo y del Duero por su orilla derecha e izquierda respectivamente documenta la importancia de estos caminos naturales entre ambas submesetas. Hay además asentamientos en zonas costeras, y en este momento aparecen los primeros hábitats en cuevas, que van a constituir el refugio fundamental a partir del Paleolítico Medio.

En la mayor parte de los casos se trata de depósitos secundarios, en que los materiales han sido transportados por procesos de carácter natural, y por tanto no se encuentran en la posición en que fueron utilizados y abandonados por el hombre. No son frecuentes las secuencias que indiquen la utilización prolongada del mismo lugar. Las estaciones Achelenses responden a actividades de carácter ocasional en todo caso breves. Al disponer de una documentación más amplia, estamos en condiciones de realizar una clasificación funcional de algunos de los yacimientos Achelenses estudiados, entre los que pueden diferenciarse talleres, hábitat y cazaderos o lugares de troceado. Los talleres estaban en relación con la existencia de materias primas —depósitos de cantos de cuarcita, manchas de bloques erráticos de sílex—, con su recogida y, al menos, con una parte del proceso de talla o desbastado. Los cazaderos eran lugares escogidos por sus condiciones favorables para abatir

determinadas piezas, que en muchas ocasiones eran troceadas in situ. No siempre resulta fácil saber cuando esos lugares de descarnado o troceado eran resultado de la actividad cinegética o del aprovechamiento por el hombre de animales muertos o heridos de manera natural. Los hábitat son más difíciles de identificar, pero pese a su carácter más o menos ocasional, en ellos se pueden reconocer distintas actividades relacionadas con la vida cotidiana, hogares o restos de comida.

Ese carácter ocasional y especializado de las ocupaciones dificulta también el conocimiento de la evolución de las industrias. No obstante los trabajos de M. Santoja en el valle del Tormes han proporcionado una visión del desarrollo del Achelense: Achelense Inferior, tres estadios del Achelense Medio, Dos del Achelense Superior y Final. En el caso de la Meseta, el desarrollo de la tecnología comporta una multiplicación progresiva del utillaje sobre lasca. Junto a los bifaces aparecen numerosos utensilios más arcaicos (cantos trabajados) que irán disminuyendo, y algunos instrumentos característicos del Achelense meridional, como triedros y hendedores.

### **Los lugares de habitación**

Como se ha dicho, en este momento comienzan a documentarse las ocupaciones en cuevas, entre las que destaca la de el Castillo (Puente Viesgo, Cantabria). Cuenta con una gran entrada en un emplazamiento privilegiado orientado al este y desde el que domina un amplio tramo del río Pas, lo que ha comportado su utilización prácticamente a lo largo de toda la prehistoria. Los trabajos realizados entre 1910 y 1914 tuvieron en su momento una importancia trascendental para apuntalar con su estratigrafía (casi 20 m de espesor) las primeras periodizaciones del Paleolítico. En su base se detectaron tres estratos (24 y 25 A y B) pertene-

cientes al Achelense, que parecen corresponder a varias ocupaciones ocasionales entre las que se intercalan fases de abandono durante las cuales la cueva fue frecuentada por animales merodeadores, como el lobo y el oso de las cavernas.

La existencia de hogares denuncia su empleo como campamento por un grupo de cazadores que practicaba una economía diversificada, entre cuyos recursos se contaban los grandes ungulados, en especial ciervos, acompañados de caballos, bóvidos y rinocerontes. Esta última especie está representada por individuos jóvenes, que habitualmente ocupan la vanguardia de las manadas, lo que puede ser significativo de una cierta estrategia de caza orientada hacia grupos de estos animales. La cronología de estas ocupaciones no parece fácil de precisar a través de los datos de excavaciones antiguas. No obstante, en tanto se alcanzan estos niveles y se obtienen en su caso captaciones absolutas, las únicas referencias son relativas, procedentes de la fauna o de la comparación de las industrias con yacimientos franceses bien tratados como Pech de L'Azè, La Micoche y Combe Grenal entre otros. Tipológicamente los materiales pueden atribuirse al Achelense Superior y sus diferentes capas ser datadas entre el Riss Würm I.

En este mismo sentido pueden interpretarse algunos de los sitios de ocupación del complejo cárstico de Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos), objeto de un amplio proyecto multidisciplinar de excavación iniciado en 1978 y actualmente en curso. Comprende varias zonas de interés arqueológico situadas en la llamada Trinchera del Ferrocarril (Gran Dolina, Tres Simas, Covacha de los Zarpazos-Sima Norte y Galería que une a estas últimas). En otra cavidad del mismo complejo, Cueva Mayor de Atapuerca, hay diferentes yacimientos y obras de arte rupestre pertenecientes a distintas épocas, entre los que destaca la Sima de los